

La reislami- zación del Magreb

EL Mediterráneo es un espacio de contacto natural entre dos de las civilizaciones más ricas y de mayor raigambre histórica: la cristiano-occidental y la musulmana. El que fue «*mare nostrum*», tras una larga historia en la que se alternaron la cooperación y el enfrentamiento, es hoy más un foso que protege el castillo europeo que una vía de intercomunicación. El distanciamiento se ha agrandado después de la guerra del Golfo y de las medidas europeas de cierre de fronteras a la inmigración magrebí. Sin embargo, la proximidad geográfica y las responsabilidades derivadas de la colonización europea del Norte de África convierten a los fenómenos magrebíes en preocupaciones europeas.

La nunca convocada Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM) podría haber servido para promover los intercambios pacíficos entre ambas culturas. Pero los europeos estamos demasiado instalados en el poder y el confort como para sentarnos en un foro en el que nuestra retórica defensa de los derechos humanos tenga que enfrentarse a legítimas demandas magrebíes de cooperación y de soluciones diferentes a las que hemos dado a problemas como la permeabilidad de fronteras o los derechos civiles de los numerosos inmigrantes. Ahora, cuando una estafa legal ha impedido que el FIS (Frente Islámico de Salvación)

accediera democráticamente al poder, Europa ha callado esta flagrante trasgresión de la democracia y ha aceptado el Directorio cívico-militar con un suspiro silencioso de satisfacción. De momento el peligro de que en la orilla sur del «mare nostrum» se instale un régimen islámico se ha conjurado.

Deseable es que no se instaure, ni en Argelia ni en parte alguna, un régimen de intolerancia que confiesa por adelantado sus intenciones totalitarias, que amenaza con retrotraer la sociedad argelina a la Edad Media y que, por añadidura, puede representar una levadura de integrismo generalizado en todo el norte africano. Pero el noble fin de evitar esos riesgos no justificará nunca el medio empleado. Unos y otros nos hemos instalado en la paradoja: los que nos confesamos demócratas hemos yugulado la voluntad popular y quienes no creen en la democracia son precisamente los que pueden apelar legítimamente a ella y exigir un poder legítimamente ganado. Chadli Benyedid, con su dimisión, ha hecho «constitucionalmente» imposible la creación de una república islámica, pero ha dotado al FIS de una legitimación a posteriori superior incluso a la que vaticinaban las expectativas de la segunda vuelta electoral. La tensión que, a raíz de estos hechos, recorre Argelia ha provocado ya más de un centenar de muertos y ha creado una crispación generalizada que puede hacer irremediable una guerra civil en la que todos estaríamos de algún modo implicados. Nadie puede predecir cuáles serán las consecuencias a corto plazo para este secuestro de la voluntad popular. Si no para predecir, sí para comprender, será útil analizar el caso argelino en el contexto más general del mundo islámico.

La ebullición política del Islam

TRAS la revolución iraní la creación de la República Islámica de Jomeini, el temor a una expansión incontrolada de los movimientos fundamentalistas dentro del

*chiísmo se hizo general. Los grupos **Herbolá** y **Djijad Islámica** en Líbano, ciertos brotes integristas en las repúblicas islámicas de la antigua URSS y algunas revueltas contra las monarquías suníes del Golofo eran alentados desde Teherán y este aliento causó centenares de muertos. Pero no sólo el chiísmo está en efervescencia. Los **hermanos musulmanes** egipcios, herederos desde 1945 de los «Jóvenes musulmanes» (1927), tienen nutridas ramificaciones en Palestina, Siria e Irak; el sunismo «desde arriba» de Arabia Saudí ha recoranzado la vida dentro del país y ha exportado también su peculiar «revolución coránica». La monarquía saudí fue precisamente la principal valedora y financiadora del FIS argelino, que rompió los lazos con su nodriza saudí a causa del alineamiento en campo contrario durante la guerra del Golfo.*

EN el período 1960-1985 la bipolarización Este-Oeste totalizaba todas las interpretaciones y la mayoría de los comentaristas englobaban groseramente cuanto sucedía en el espacio musulmán dentro del general «conflicto por procuración» que las dos superpotencias libraban en el mundo. La persistencia y aun fortalecimiento del fundamentalismo musulmán una vez destruidos los bloques basta para evidenciar el simplismo de aquella interpretación. Lo que sucede en Argelia, lo que se está fraguando en Túnez, lo que puede suceder en Marruecos y lo que se cuece en una importante parte de la sociedad egipcia exige buscar fuera de la bipolaridad las claves que hagan comprensible el fenómeno.

*Tampoco sería suficiente recurrir a la hipótesis llamada de «**identidad reactiva**», según la cual el fundamentalismo islámico capitaliza en el momento actual todas las reacciones contra su secular frustración: reacción del colonizado contra el colonizador, del oprimido contra el opresor, del pobre contra el rico, del despreciado contra el despreciador. En este mismo esquema reactivo hay que situar la rebelión contra los diversos esquemas socialistas que, desde el Naserismo (1954), han tratado de articular un panarabismo o panislamismo laico. El asesinato del presidente egipcio **Anuar el Sadat** fue*

uno de los efectos más sonados de esta reacción de los medios más fervorosos del Islam contra un intento de incorporar los esquemas laicos en el gobierno egipcio. Las sucesivas crisis sudanesas tienen también una clave esencial de su interpretación en la tensión sociedad religiosa-sociedad laica que recorre la médula del inmenso espacio musulmán. Ciñéndonos al caso argelino, a nadie escapa que el socialismo laicizador del FLN se evidenció, desde poco después de la independencia, como un cuerpo extraño dentro de la sociedad creyente y provocó, por reacción, el aglutinamiento en torno a los imanes de la mayor parte de cuantos se oponían a él.

HAY mucho de identidad reactiva en el resurgir del fundamentalismo, pero hay algo más. El Islam, a pesar de los esfuerzos de notables minorías durante el siglo XIX, no ha efectuado todavía una Ilustración crítica y modernizadora de su mentalidad y su estructura. La occidentalización tecnológica ha sido demasiado rápida y demasiado superficial. El sentimiento de comunidad de creyentes («*umma*») y de comunidad de civilización, con la unicidad del orden temporal y del orden divino, se sobreimpone a todo y explica las raíces profundas del rebrote fundamentalista. La memoria histórica de los musulmanes les hace identificar sus épocas de mayor gloria política y cultural con el apogeo de la sociedad religiosa islámica. La tensión radical entre la modernidad y el Corán es manifiesta.

En este sentido, el islamólogo francés **Dominique Sourdel** escribía con clarividencia en 1973: «a pesar de la parcelación actual del mundo musulmán y de la diversidad de soluciones prácticas adoptadas en cada país, el Islam continúa afirmándose, si no como una comunidad, al menos como un conjunto de naciones que tiene que hacer frente al mismo problema: adaptación a la modernidad de una sociedad que no distingue entre lo temporal y lo espiritual. Al ver sacudido todo el edificio religioso, es hacia el Corán hacia donde se vuelven los musulmanes como a la fuente primera de toda verdad, para encontrar en ella —a veces inocentemente— justificación de los usos y las teorías modernas». No es de extrañar, por tanto, que muchos musulmanes vuelvan sus

ojos al pasado e intenten resucitarlo. El caso argelino no es más que un episodio dentro de un estado de similar emergencia posible del fundamentalismo. Cualquier día, en cualquier parte, y por las mismas razones, surgirán brotes en otros lugares de la inmensa «umma» (1.200 millones de creyentes desde Indonesia al Golfo de Guinea y a los suburbios de París).

La peculiaridad argelina

*EL FLN, principal protagonista de la independencia, dirigió férreamente al país, sobre todo en la etapa de **Boumedien**, y, aunque el Islam funcionó como religión del Estado, estuvo siempre sometido a la voluntad de los líderes laicos. Tras 27 años de partido único, la Constitución del 4-2-89 estableció el pluripartidismo y rápidamente proliferaron los partidos: al FLN, se unieron otras siglas, como el FIS, el FFS (Frente de Fuerzas Socialistas, dirigido por **Aït-Ahmed**), el MDA (Movimiento para la Democracia en Argelia, encabezado por el proscrito **Ben Bella**), el RCD (Reagrupamiento para la Cultura y la Democracia), el PAGES (Partido de la Vanguardia Socialista, de carácter comunista), etc. La supresión de la temible SM (policía de Seguridad Militar, 22 de septiembre de 1990) y la marginación de los dirigentes más radicalizados del FLN parecía crear un clima propicio para la reconstrucción democrática del país. Pero el asesinato, presumiblemente por la SM, del opositor Saïd Mécili y los esfuerzos de ciertos sectores del FLN por mantener las parcelas de poder hicieron poco creíbles las garantías del texto constitucional.*

De todos los partidos citados, y salvo una fugaz manifestación monstruo del FFS (27 de diciembre de 1990), sólo el FIS ha logrado aunar la mayoría de la voluntades como pudo comprobarse en la huelga general ilimitada que convocó el 25 de mayo de 1991 y que logró que el Gobierno de Benyedid modificara la ley electoral recientemente aprobada. El descontento general, la penuria económica y la

desconfianza en fórmulas laicas llevó al sonado triunfo de los fundamentalistas en las elecciones de noviembre de 1991. La pregunta espontánea en el interior y en el exterior, fue la siguiente: ¿cómo es posible que un porcentaje tan elevado de argelinos haya preferido votar una opción que probablemente eliminaría las elecciones, mantendría en minoría de edad permanente a la mujer y retrotraería el país a esquemas de gobierno medievales? La respuesta hay que buscarla en las frustraciones genéricas del mundo musulmán y en la peculiar contextura del propio FIS. El Frente Islámico no es propiamente un partido sino un movimiento social de solidaridad entre los pobres mediante la organización de servicios gratuitos que van desde la asistencia a enfermos hasta la organización de transporte colectivo en los barrios más desheredados. Lo que el Gobierno era incapaz de hacer funcionar, lo hacía funcionar el FIS. La población se lo reconoció en las urnas. Pero esa peculiar contextura, social más que política, ha sido también su punto más débil. A la hora de enfrentarse al golpe de Estado, ha carecido de cuadros y dirigentes entrenados para la toma del poder. El apresamiento o neutralización de sus dirigentes (**Madani, Hachani, Aisani, etc.**) ha resultado tarea fácil para el directorio. Pero el FIS cuenta, eso sí, con el vigor demográfico (la mayoría de los jóvenes, y Argelia tienen un 40 por 100 de población menor de 25 años, le respalda); numerosos profesionales y clases medias lo ven como única salvación e incluso los convencidos demócratas aceptan el riesgo de vivir temporalmente sin democracia para salvar al país y riadas de gente se congregan cada viernes en las mezquitas gritando «**Dawla Islamiya**» (iRepública Islámica!).

ES ahora cuando el movimiento social del FIS está adquiriendo forma y ambición de partido. Repudiado por Arabia Saudí, es apoyado por Irán que invita a toda la **umma** a apoyarlo con la guerra santa. En este nuevo contexto, es necesario mirar más allá del episodio concreto del momento y reflexionar sobre las posibilidades reales de una reislamización más general de todo el Magreb: el islamismo fuerte y revolucionario de Ghadafi en Libia, la

incapacidad de los sucesores de Burguiba para solucionar los problemas de subsistencia y representación política en Túnez y el desprecio de los derechos humanos de la monarquía alaouita en Marruecos han creado un terreno abonado para que el integrista coránico se extienda como una balsa de aceite, llegue o no a conquistar el poder.

La ceguera europea para comprender el fenómeno es manifiesta. Obsesionados por preservar su superioridad, los europeos, a pesar de que sus dirigentes saben perfectamente, como decía recientemente Alain Touraine, que su superioridad tecnológica, militar y económica es incuestionable, quieren extirpar un absceso molesto en la orilla sur del Mediterráneo. En este baile de ciegos, muchos teóricos justifican la defensa preventiva de la democracia y bendicen sin reservas el golpe de Estado argelino, sin prever las consecuencias a las que puede llevar esta postura. Más aún, el Consejo de Seguridad «aconseja» la ilegalización del FIS y la poderosa propaganda occidental difunde sospechas (unas veces centradas en Argelia, otras en Libia) de que el presunto poder nuclear iraquí se ha refugiado en el Magreb, preparando así la opinión pública para cualquier acción disuasoria de carácter «preventivo».

NOS preocupa política y éticamente este enfoque del fundamentalismo, al que nunca se le podrá vencer por las armas, aunque se lo humille por ellas. Sólo una sensibilidad más acusada respecto a las verdaderas causas (frustración histórica y actual, subdesarrollo de las masas, incultura...) y una acción fuerte de cooperación igualitaria puede representar un dique de contención al fundamentalismo islámico y una posibilidad de crear las bases para la modernización del Islam desde dentro, con el tiempo que las grandes mutaciones sociales exigen.